

## **CARTA 17 Sobre las justificaciones de nuestra inferioridad a partir de las “diferencias latinoamericanas”**

Es frecuente cuando se habla de cuestiones científico-tecnológicas, de objetivos del conocimiento, de desarrollo, de inserción en la globalización, de competitividad internacional, de ubicar nichos de mercado y otras cosas cercanas, que aparezca una interrogación, no siempre perezosa, que dice “Yo no se si Latinoamérica deba aspirar a ese tipo de objetivos, pues somos diferentes”.

Las sociedades y las culturas deben imaginar su futuro, imaginar objetivos, trazarse un camino, determinar valores prioritarios, etc. Y todo esto ojalá en el mundo real y no en el aire. Uno de los criterios para hacer esto es que nunca debe aducirse el principio de la “diferencia” para justificar la inferioridad ni menos el hambre o la mortalidad infantil. Nunca sería legítimo decir: no vamos a practicar la democracia pues somos latinoamericanos, vamos a suprimir el derecho a expresión porque somos diferentes, vamos a permitir que nuestros niños se mueran porque eso está en nuestra identidad cultural. Esa aberración la intentó “Papá Doc”, argumentando que, si se tenía en cuenta la negritud, la democracia no era una reivindicación legítima de los haitianos, que esa institución era de europeos blancos. Esos son los “límites” de la diferencia: la reivindicación de la diferencia nunca debe servir para afirmar el hambre, la dictadura o la inferiorización de nuestros pueblos. Dicho todavía con más fuerza: el argumento de la diferencia no debe servir jamás para justificar nuestras incapacidades, frustraciones o injusticias. A la inversa: cualquier argumentación de la diferencia debe ser una forma de superación, respecto de los estándares que se manejan mundialmente. Las disciplinas humanísticas y las ciencias sociales, por su parte, están permanentemente reivindicando especificidades respecto a las ciencias “duras”. Se argumenta que deben usarse criterios diferentes de evaluación, cosa razonable en la medida que sirva para potenciarlas y no para abaratarlas, como parecieran querer muchas personas que esgrimen tales argumentos. Incluso más: debemos crear nuestros propios indicadores científico-tecnológicos, que permitan conocer y reconocer lo que se hace en nuestra región, utilizando criterios que revelen, que hagan aparente, una gran cantidad de conocimientos que otros indicadores, por las lentes utilizadas, no pueden observar. Esto es fundamental tanto para respetar nuestras diferencias como para hacer justicia a nuestra creación cultural (Ver el programa REDALYC llevado a cabo en México precisamente con este objetivo, [www.redalyc.com](http://www.redalyc.com)). Pero una vez más debe repetirse que estos indicadores “apropiados” tienen como límite la intención de no escamotear una verdad que captamos “intuitivamente”, más allá de toda discusión: los grandes inventos, descubrimientos y conocimientos de los últimos siglos no se han generado ni se están generando en América Latina. Una regla de oro debe ser: Ningún criterio es válido si sirve para justificar o aumentar nuestra inferioridad.

Por otra parte, cualquier lucha por la hegemonía en las maneras de entender o conducir los procesos mundiales (o la mundialización o la globalización) pasa por el hecho que quienes participan en una cultura sean capaces de hacerse oír a nivel mundial. La baja presencia de la cultura latinoamericana en los medios de comunicación mundial (recuérdese que en 2003 un 3% aproximadamente de los sites en Internet era en español o portugués) no hace imaginable que nuestras maneras de ver o de desear el mundo puedan ser suficientemente recibidas por el resto de la humanidad. Sin duda, nuestra presencia cultural en el medio global es necesaria para hacer valer puntos de vista. Así aspirar a un 8 o 10% de presencia (incluyendo allí a España y Portugal, así como a los países africanos y asiáticos en que se emplean dichos idiomas) parece una reivindicación imprescindible.

\* \* \*

En este caso, una de nuestras “diferencias” más nítidas es haber hecho las cosas peor que otros y necesitar, por ello, medidas correctivas específicas. Mario Benedetti escribió un poema que ha sido muy citado contra las dictaduras, y con razón. En el poema una a una las personas iban abandonando el país hasta dejar solo al dictador. Puede citarse igualmente contra América Latina como conjunto, pues muchas personas van abandonando y abandonando sus lugares de origen, sin que allí imperen dictaduras de terror. Si hubiera fronteras abiertas de salida y, sobre todo, de entrada, varios de nuestros países quedarían prácticamente vacíos. No son los dictadores los únicos abandonados, también pueden serlo las democracias y los estados-nación incapaces de dar satisfacción a sus habitantes que renuncian a una ciudadanía insatisfactoria o vergonzante. El deseo de migrar es una de las mejores maneras de medir un sistema económico y político. Hay personas que pretenden medir los sistemas a partir únicamente de valores abstractos, sin incluir este “voto” implícito de los habitantes por quedarse o mandarse cambiar.

Debe asumirse entonces que no es casualidad la existencia de dos cosas simultáneas: poca producción científica y nula producción tecnológica y bajos niveles de crecimiento y desarrollo humano. La bajísima producción tecnológica y por ello la bajísima incidencia de la ciencia producida en América Latina sobre el bienestar de la población debe ser asumida por la intelectualidad, tanto como medida de su

incapacidad cuanto como desafío, pero obviamente de manera ni mecánica ni aislada. Esta deficiencia no puede imputarse únicamente a la intelectualidad sino que, como casi todo, tiene causas complejas que atraviesan a la sociedad como conjunto: clase política incapaz de pensar a largo plazo y de asumir grandes desafíos, empresariado pequeño, de cortas miras, desconfiado y con baja capacidad de innovación, ONGs de espaldas a estas problemáticas, familias que asocian el prestigio con carreras universitarias tradicionales donde la retórica y el vestuario son más importantes que la imaginación; fuerzas armadas ocupadas de defender a los ricos y no la seguridad de sus pueblos, entre otras causas que cruzan de una punta a otra nuestras poco exitosas sociedades. Que esto no lleve a olvidar, por otra parte, que quienes tienen mayor formación intelectual deben ser los primeros responsables, ni que estas cartas están destinadas a la intelectualidad prioritariamente y no a otros gremios también responsables de todo lo que padecemos.

Por ello, y para decirlo al tenor de Rodó, una campaña de reforma intelectual y moral debe adecuarse a nuestras propias incapacidades, debe tener en cuenta la cantidad de gente que desea abandonar nuestra región y lo hace cotidianamente. La campaña contra el abaratamiento pasa por un examen de conciencia y por una decisión de ser mejores, de hacer las cosas mejor, que debe plasmarse en inversiones, leyes, acuerdos, instituciones y muchas cosas más, pero que no puede olvidar que la base es una concientización respecto de nuestra situación menoscabada e injusta. Por cierto, en el círculo vicioso de la decadencia o el estancamiento, las causas son múltiples, complejas e interconectadas y se van reforzando unas a otras. Ante ello no cabe sino ganarle una pequeña batalla a cada uno de los vicios, enfrentarlos todos simultáneamente para torcerles el cuello. Pero a la vez hay dos grandes tareas que articulan y dan sentido a todas las demás: la calidad y la honestidad. Estas son causas madres que inspiran todas las pequeñas tareas que permitirán superar cada vicio específico: falta de transparencia, amiguismo, facilismo, caritativismo, falta de confianza, abaratamiento, frivolidad intelectual, cortoplacismo y cultura de utilería.

La identidad tiene que ver con la recuperación de toda la sabiduría y la tecnología apropiada, con la capacidad de generar criterios de desarrollo o de calidad de vida que tengan en cuenta valores o preferencias culturales, con la necesidad de ganar espacios en el supermercado cultural globalizado. La identidad debe realizarse en la calidad y no sólo en fiestas folclóricas, así como la modernidad no puede asimilarse a la cantidad de automóviles, teléfonos celulares o computadores.

La cultura académica latinoamericana es uno de los componentes (causa y consecuencia) de una "identidad frustrada" o no-exitosa. Entiendo por "identidad exitosa" aquella que ha facilitado el bienestar de sus sostenedores, durante un tiempo prolongado, en un espacio interconectado o mundializado. No basta el éxito momentáneo, ni menos la autocomplacencia encapsulada, como la de tantos pueblos ancestrales, derribados de sus pedestales por puñados de aventureros conquistadores. Existen "malas culturas" y son aquellas que conducen a la aniquilación de sus sostenedores; culturas malas, como culturas tóxicas. Quienes, en este sentido, construyen culturas exitosas se ganan el derecho a ubicar sus criterios como medidas para los estudios a nivel mundial.

No faltará la crítica fácil que pretenda interpelarme: ¿Quieres transformarte y transformarnos en coreanos? No deseo hacerlo, porque como chileno privilegiado vivo razonablemente bien, como un cubano, un mexicano o un coreano privilegiado. Ese no es el punto. Mi punto es si en Corea hay menos pobres, en términos relativos, que en nuestros países y si los países con alta producción en ciencia, en tecnología, en patentes, etc. han sacado, en las últimas décadas, más o menos gente de la pobreza que los países que no pueden exhibir esos mismos indicadores.